

La revolución africana en la Iglesia

El Papa es un popular relaciones públicas, no hay que olvidarlo. Y está haciendo lo posible y lo imposible por popularizar a la Iglesia católica ante aquellos núcleos de población que pueden ser una esperanza para el futuro desarrollo de la misma. América Latina, Estados Unidos, Irlanda, Polonia y ahora el África negra. En cambio se olvida, por ahora, de aquellas zonas de tradición católica que están ya un poco cansadas o desesperanzadas religiosamente, como es la Europa de herencia cristiana.

Cuatro países de lengua francesa (Zaire, Congo, Alto-Volta, Costa de Marfil) y dos de lengua inglesa (Kenia y Gana) han recibido entusiastamente a Juan Pablo II en su periplo africano.

Sus discursos no fueron lo más importante. En realidad poco nuevo es lo que ha dicho. Pero el acercamiento personal de esos pueblos a él es lo que puede tener importancia, no para la Iglesia-institución, sino para la renovación del decálogo catolicismo occidental que da palos de ciego en su afán renovador y no acierta casi nunca.

África es una parte del mundo donde el catolicismo, a pesar de su expansión, es todavía claramente minoritario. La gran tradición religiosa africana es animista; y otra gran parte se compone de seguidores del islamismo, que progresa espectacularmente en casi todos esos países, a pesar de que no es una Iglesia organizada, sino sólo un movimiento religioso. Un africano entre nueve es católico. Pero el negro es tan variado en sus actitudes, costumbres y reacciones como lo puedan ser los blancos que componen el grueso de la Iglesia católica en el resto del mundo.

La Iglesia africana empieza a despertar de su letargo occidentalista, y quiere ser una Iglesia negra que no esté mediatizada por la cultura occidental, la cual fue introducida a través de un catolicismo influido por la teología romana. El 70 por ciento de los obispos son autóctonos, y el culto cristiano empieza a africanizarse, aunque sólo acepte un cierto folklorismo superficial en la liturgia. Sin embargo, las comunidades de base empiezan a abrir

un camino nuevo en el cristianismo africano.

Los cristianos de África quieren un Jesús negro. Y tienen todo el derecho a pretenderlo así. Porque si el fundador del cristianismo fue una figura universal, es natural que los occidentales lo veamos desde nuestra perspectiva, el oriental desde la suya, el latino-americano quiera verlo bajo su prisma propio y la negritud pretenda lo mismo. Por eso, la Iglesia en África ha entrado, aunque sea timidamente, en una cierta revolución cultural que es preciso impulsar. Porque el catolicismo, o es universal y acepta el pluralismo de las culturas, o no es nada más que una secta cualquiera que sea su tamaño.

Esta nueva Iglesia que renace de las cenizas de un catolicismo occidental, tiene numerosos problemas pendientes de resolver, y necesita hacerlo con urgencia si quiere ser de verdad africana. No sólo es la violencia, la corrupción, el dominio político de los grupos de poder; sino sobre todo las costumbres religiosas propias, sus hábitos sociales y su característica tradición cultural. Todo ello engendra una problemática que no podrá ser resuelta intentando introducir en el alma africana un cristianismo occidentalizado, como el que le suministraron muchos misioneros europeos, o un conformismo burocrático como el que pretende la Curia Romana.

Los seglares tienen un gran porvenir en la renovación de estas Iglesias populares, como ocurre también en América Latina. El clero es insuficiente para atender religiosamente a esos pueblos. Y, por eso, el seglar tiene que adquirir cada vez más un papel decisivo en este mundo africano minoritariamente católico.

Los católicos ejercen en estos países sobre todo actividades de suplencia social: centros de formación rural, dispensarios médicos, hospitales, escuelas y organismos de orientación económica. En el Congo y en Kenia la tercera parte de su población es cristiana. En el Zaire el 45 por ciento es católico y en el resto de los países visitados solamente el 10 por ciento pertenece a la Iglesia de Roma. En Gana los católicos son muy practicantes, y constituyen la

clase más pobre del país. En Alto-Volta existe una jerarquía eclesiástica completamente autóctona. En Kenia fueron los protestantes los pioneros de la labor cristianizadora en el siglo pasado. En el Zaire, en cambio, la Iglesia católica es más que centenaria porque comenzó su evangelización en el siglo XVII. En Congo ha tenido muchos problemas: un cardenal fue asesinado hace tres años por el régimen marxista-leninista que rige el país, y no quedó claro este asesinato del arzobispo de Brazaville, tres días después de haber matado al Jefe del Estado.

Este escorzo de lo que son estas Iglesias africanas puede ser suficiente para darnos idea de los muchos problemas políticos, económicos, culturales y sociales en que se ve envuelto el catolicismo.

Y uno de los que más inquietan a los católicos es el de la poligamia. El catolicismo defiende la monogamia en teoría, y en la práctica allí ha querido también llevar esta idea al matrimonio, cuando las costumbres de aquellos pueblos son muy diferentes. No dudo de que la naturaleza de la unión entre la pareja humana tiende a la monogamia, como señalaba Engels en el siglo pasado. El amor pide uno con una y para siempre, sin que haya discriminación para el sexo femenino. Este es el ideal del Evangelio y el del primer libro de la Biblia, como lo recordó Jesús. Pero en el Antiguo Testamento se toleró la poligamia y el concubinato de los más santos patriarcas bíblicos. La cultura de aquel tiempo así lo pedía, y el Dios de los hebreos lo permitió. Por eso no puedo entender cómo el cristianismo actual no ha comprendido las costumbres africanas. Excelente hubiera sido que el catolicismo insistiera en el ideal monogámico; pero una cosa es el ideal y otra la realidad que debe ser comprensivamente aceptada. Y lo mismo hay que decir en otras muchas cuestiones.

Juan Pablo II debe ser algo más que un hombre de relaciones públicas, y tendrá que aceptar la africanización del catolicismo, para que veamos que el Evangelio es para todos los tiempos y todos los países, y no sólo una cosa de Occidente y de su cansada cultura.